*JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN*

# POESÍAS DE JUVENTUD

¿Qué es una madre? Mi madre me dio la vida: mi madre arrulló mis sueños cuando en mi infancia querida soñaba el alma dormida con horizontes risueños. Alzóme su amor altares, sembró mi vida de flores y un templo fueron mis lares al rumor de sus cantares y al calor de sus amores. ¡Cómo poderlo olvidar si ella me enseñó a marchar por la senda del deber, y ella me enseñó a rezar, y ella me enseñó a creer! ¡Qué dulzura tan ardiente, me daba su labio amante, cuando besaba mi frente con ese amor delirante que sólo una madre siente! Ella me supo infundir esta santa fe crisitiana que me ha ayudado a vivir, y ha de ser quizá mañana la que me enseñe a morir. Sus labios me la enseñaron y en mi mente la infundieron, sus virtudes la cantaron, sus ejemplos me la dieron, sus besos me la grabaron. ¡Aunque sólo le debiera esta fe que me infundió, diérale mi vida entera, y aun pagarle no pudiera el tesoro que me dio! ¡Cuántas lágrimas me evita, cuántos dolores me calma, cuántos pesares me quita la fe querida y bendita que infundieran en mi alma! Del mundo en el ancho mar bogando tras el saber, es muy fácil naufragar y es muy difícil vencer queriendo sin fe luchar; Acaso tú no comprendas lo que diciéndote estoy de estas mis luchas tremendas...

Mas, si no lo entiendes hoy, mañana quizá lo entiendas. Siempre, siempre que he invocado de esa fe la santa ayuda, con más valor he luchado y mi espíritu ha triunfado en sus luchas con la duda. ¿Y a quién debo tal victoria sino a mi madre querida, que en el alma y la memoria dejóme esta fe esculpida como un título de gloria? ¿Y a quién, si a tu madre no, vas a deber tú mañana, cual debo a mi madre yo esta santa fe cristiana que en el alma me infundió? ¡Bendito el ser que en mi mente consiguió grabarla un día con besos de amor ardiente cuyo calor todavía me está abrasando la frente! ¡Cuántas noches de desvelo, cuánta lágrima vertida, cuánto incierto desconsuelo costé a la madre querida que en mí cifraba su anhelo! ¡Cuántas tristes aflicciones, cuántas hondas emociones, su corazón sufriría! ¡Cuántas dulces oraciones junto a mi cama alzaría! ¡Cuándo podré concebir dolor tan hondo y tan fuerte como ella debió sentir, viéndome a mí combatir entre la vida y la muerte! Di: ¿tu mente ha concebido lo que ella sufrió por mí? ¡Pues ya tienes comprendido lo mucho que habrá sufrido tu amante madre por ti! ¡Ámala, pues! Y si eres un hijo bueno que quieres su amor, en parte, pagar, cumple todos los deberes que ahora te voy a enseñar. _____ Tu madre

Si en los humanos seres del mundo moradores hay un amor purísimo de celestial sabor, es el amor de madre, de todos los amores, el celestial, el puro y el verdadero amor. Por eso ante los ojos del Dios omnipotente, no debe haber pecado ni ingratitud mayor que la del hijo ingrato que con amor ferviente no paga amor tan grande de que es filial deudor. En el amor materno todo es pureza, todo es afecto tierno, todo grandeza. Bien ajeno a los vicios del egoísmo, todo él es sacrificios, todo heroísmo. Si tú de ese amor santo ser digno quieres, ama a tu madre tanto como pudieres, porque su amor es puro, grande y sincero, y es noble, y es seguro, y es verdadero. Por la santa memoria de tu buen padre ama a tus hermanitos y ama a tu madre; que al buen hermano y al buen hijo, Dios mismo les da la mano. _____ Los amigos Te encontrarás mañana, si dejas de ser niño, amigos que protesten de su amistad leal; tendrás acaso muchos que fingirán cariño y hasta daránte pruebas de afecto fraternal; pero si tú te inspiras en mi consejo sano, tendrás para tratarlos una prudencia tal, que su amistad dañina te ofrecerán en vano, cuando arrastrarte quieran con su amistad al mal. Huye del falso amigo que se enmascara, más que del enemigo que da la cara; y no uses de violencia para alejarlos, pero sí de prudencia para tratarlos. Son muchos los venales y los arteros y pocos los leales y los sinceros. ¡Yo no quiero contarte los que he encontrado porque ibas a quedarte maravillado! Si tú encuentras alguno fiel y sincero, has de quererle tanto como te quiero, porque ese amigo será siempre tu hermano para contigo.

_____ La honradez Jamás el puro espejo de tu conciencia sana empañes con la mancha de deshonrosa acción; jamás con las miserias de la maldad liviana desmientas tu cristiana y honrada educación. Jamás en el combate del bien y la impureza sucumba deshonrado tu noble corazón, ni al tentador halago de terrenal riqueza, ni al miserable impulso de material pasión. La honradez es tesoro tan verdadero, que no lo compra el oro del mundo entero, pues la mayor riqueza de la existencia es la santa pureza de la conciencia. El que la haya manchado de lodo inmundo, un hombre despreciado será en el mundo, y el que la haya perdido, será ante el Cielo réprobo maldecido más que en el suelo. No extrañes que no premien en la existencia los sentimientos puros de tu conciencia. ¡El hombre honrado por el Juez de los jueces será premiado! _____ El trabajo Cuando de Dios la mano sabia y omnipotente, puso en el mundo al hombre luego que lo creó, el hombre ingrato y débil fuele desobediente y el Creador al trabajo su vida encadenó. Siendo, pues, el trabajo ley soberana y santa que el Hacedor del mundo con su poder dictó, debemos acatarla con reverencia tanta como el poder merece de quien la promulgó. Es el trabajo fuente de la riqueza y aguijón diligente de la pereza; la ruina y los pecados más lastimosos son frutos obligados de los ociosos. Si en el trabajo honrado tus miras pones, vivirás alejado de tentaciones, labrarás con tus manos tu bien futuro y el pan de tus hermanos harás seguro. Honrado patrimonio te dio tu padre consérvalo y ayuda siempre a tu madre,

y Dios un día, te dará a manos llenas pan y alegría. _____ Dios ¿Quién es el hombre ingrato que de la mano santa del Dios pródigo y grande la vida recibió, y ante su Dios postrado los ojos no levanta reconociendo humilde cuanto el Señor le dio? ¿Quién es el hombre ingrato que con placer no canta las eternales glorias del Dios que le creó, y no agradece humilde misericordia tanta y bienes tan inmensos como Él le dispensó? Dios les da a los que lloran dulce consuelo cuando su auxilio imploran con fe y anhelo: Y ¡ay de los descreídos que no le llaman! Y ¡ay de los pervertidos que no le aman! Ante Dios de rodillas alza tus preces, que cuanto más te humilles, más te ennobleces; y ten siempre presente que el mal cristiano no puede ser buen hijo ni buen hermano. Alza al cielo los ojos constantemente, sé cristiano sincero, sé buen creyente, que al buen cristiano Dios, que es Padre de todos, le da la mano. _____ ¡Por tu padre! ¡Cuanta sublime belleza hay en la hermosa plegaria santa y pura, del huerfanito que reza del padre en la solitaria sepultura! ¡Con qué divina armonía sonarán sus oraciones en el cielo como eco de una alegría que busca a las aflicciones un consuelo! Los ángeles al oírlas, con voces mil ideales le harán coro, para ante Dios repetirlas al son de sus celestiales arpas de oro.

Y el Dios Grande y Soberano, coronado por millares de luceros; el que con su sabia mano trazó a los revueltos mares sus linderos; el que desgaja los montes e incendia con las centellas el espacio, y pinta los horizontes con tibias auroras bellas de topacio; el que, con mano potente, va los ejes gobernando de la tierra; el que despeña el torrente que desciende rebramando de la sierra; el que riza suavemente las ondas del claro río bullicioso, o le ordena de repente que se desborde bravío y espumoso; el que bañó de colores las alas de las bullentes mariposas, y dio a la brisa rumores y aguas puras a las fuentes bulliciosas; el que corona de nieve las más altivas montañas de la tierra, y cuida el átomo leve perdido entre las entrañas de la sierra; el que encierra en las semillas gérmenes fecundadores diminutos, incógnitas maravillas de donde surgen las flores y los frutos; el que dispone del freno del rayo de la tormenta destructor, y apaga la voz del trueno que en el espacio revienta con fragor; el que selvas y jardines pobló de divinos coros trinadores,

de pintados colorines y de pardos y canoros ruiseñores; el Dios que lo mismo cuida del insecto que en la tierra yace hundido, que del águila atrevida que en el peñón de la sierra cuelga el nido; el que a las flores dio aromas, y a los arroyos corrientes placenteras, y dio arrullo a las palomas y rugidos estridentes a las fieras; el que cuajó de topacios las tibias auroras bellas purpurinas, y salpicó los espacios con una lluvia de estrellas diamantinas; el Dios de existencia eterna que, con gran sabiduría providente, rige, conserva y gobierna la universal armonía sorprendente; el que es la Suma Belleza y es la Razón Soberana de la vida; el que es la Suma Grandeza jamás por la mente humana concebida... ¡Ese gran Dios soberano bendice las oraciones, siempre puras, del huerfanito cristiano que llora sus aflicciones prematuras! ¿Ves qué sublime grandeza hay en el ruego inspirado y afligido del huerfanito que reza por el padre idolatrado que ha perdido? ¿Soñaste mayor grandeza que la de ser bendecido por la mano que en la gran naturaleza de su poder ha vertido sólo un grano?

¿Soñaste mayor consuelo para calmar aflicciones y agonías que el de saber que en el cielo se escuchan las oraciones que a él envías? Reza, pues, querido amigo, y de tu padre venera la memoria; que yo rezaré contigo por la paz dulce y eterna de su gloria. ¡Reza, reza con tu madre y de su alma solitaria sé el consuelo! ¡Reza, que tu pobre padre bendicirá tu plegaria desde el cielo!

_____ Recuerdo de tu primera comunión

¿Cómo podré yo pintarte prueba tan grande de amor? ¡Cómo podré yo expresarte la gran bondad del Señor que ha venido a visitarte? ¿Dónde podré yo encontrar acentos para un cantar de celestial armonía, si el son de la lira mía no puede hasta Dios llegar? ¿Cómo he de poder cantar lo que no sé comprender? ¿Cómo he de poder pintar lo que me puede cegar con la luz de su poder? El Dios que quiso crearte ha querido a Él acercarte, y quiere junto a Él tenerte, y quiere santificarte, y quiere hijo suyo hacerte. ¿Qué lira puede cantar, qué pincel puede pintar ni qué corazón medir la prueba de amor sin par que acabas de recibir? Ni la puedes comprender, ni la puedes merecer, mas di humillado «¡Señor!, ¡eres grande en tu poder,

pero más grande es tu amor! No te ha bastado lavarme de mi culpa en el Calvario, y ahora vuelves a llamarme desde un humilde Sagrario sólo por santificarme. Si causa de tu Pasión fue mi redención primera, sea esta santa comunión mi segunda redención y mi redención postrera. ¡Hazme bueno; hazme cristiano; no apartes de mí tu amor, no apartes de mí tu mano, que yo prometo, Señor, ser buen hijo y buen hermano!» _____ A Cándida I ¿Quieres, Cándida saber cuál es la niña mejor? Pues medita con amor lo que ahora vas a leer. La que es dócil y obediente, la que reza con fe ciega, con abandono inocente. la que canta, la que juega. La que de necias se aparta, la que aprende con anhelo cómo se borda un pañuelo, cómo se escribe una carta. La que no sabe bailar y sí rezar el rosario y lleva un escapulario al cuello, en vez de un collar. La que desprecia o ignora los desvaríos mundanos; la que quiere a sus hermanos; y a su madrecita adora. La que llena de candor canta y ríe con nobleza; trabaja, obedece y reza... ¡esa es la niña mejor! II ¿Quieres saber, Candidita,

tú, que aspirarás al cielo, cuál es perfecto modelo de cristiana jovencita? La que a Dios se va acercando, la que, al dejar de ser niña, con su casa se encariña y la calle va olvidando. La que borda escapularios en lugar de escarapelas; la que lee pocas novelas y muchos devocionarios. La que es sencilla y es buena y sabe que no es desdoro, después de bordar en oro ponerse a guisar la cena. La que es pura y recogida, la que estima su decoro como un preciado tesoro que vale más que su vida. Esa humilde jovencita, noble imagen del pudor, es el modelo mejor que has de imitar, Candidita. III ¿Y quieres, por fin, saber cuál es el tipo acabado, el modelo y el dechado de la perfecta mujer? La que sabe conservar su honor puro y recogido: la que es honor del marido y alegría del hogar. La noble mujer cristiana de alma fuerte y generosa, a quien da su fe piadosa fortaleza soberana. La de sus hijos fiel prenda y amorosa educadora; la sabia administradora de su casa y de su hacienda. La que delante marchando, lleva la cruz más pesada y camina resignada dando ejemplo y valor dando. La que sabe padecer, la que a todos sabe amar

y sabe a todos llevar por la senda del deber. La que el hogar santifica, la que a Dios en él invoca, la que todo cuanto toca lo ennoblece y dignifica. La que mártir sabe ser y fe a todos sabe dar, y los enseña a rezar y los enseña a crecer. La que de esa fe a la luz y al impulso de su ejemplo erige en su casa un templo al trabajo y la virtud... La que eso de Dios consiga es la perfecta mujer, ¡y así tienes tú que ser para que Dios te bendiga! _____ Dos cartas I ¡Hijito del alma mía! Anoche un sueño terrible me hizo asistir al horrible martirio de tu agonía. ¡Tremendas cosas soñé! Soñé que el hijo querido diome sin pena al olvido y apostató de su fe. Y presa de horrible espanto te vi despertar, hijito, de ese colegio bendito donde se aprende a ser santo. Y loca, al verte manchado, bajé a buscarte al abismo, al fangal, al antro mismo, donde se encueva el pecado. Sin Dios, sin madre y sin fe, ¡qué solo estabas allí! Muerta de miedo te vi, loca de amor te llamé. Y la manada maldita de aquellas bestias salvajes llenó de injurias y ultrajes a la infeliz viejecita. Después, en mi desvarío,

soñé que un sayón de aquellos me arrastró por los cabellos, ¡que son blancos, hijo mío! Y tú, de la turba en pos, ibas riendo... ¡Te vi!... ¡Te oí maldecirme a mí! ¡Te oí blasfemar de Dios! Y al despertarme exclamé: «¡Que muera el hijo, gran Dios; pero llevádmelo Vos, que para Vos lo crié!...» Perdona a tu madrecita si ha soñado el desatino de que eras el asesino de tu pobre viejecita. ¡Delirios!... Sabe tu amor que tengo en el alma frío y sólo vivo, hijo mío de tu cariño al calor. Muerta el alma de tristeza, seca de llanto la fuente, llena de arrugas la frente, blanca la débil cabeza, trémula la pobre mano que estos renglones escribe, soy una muerta que vive al sol de un amor lejano. Tú eres mi sol, hijo mío, y mientras él me caliente podrá haber frío en mi frente, ¡en mis entrañas no hay frío! II Besando estoy madre mía, tu carta de angustia lleno. Si por Dios no fuera bueno, sólo por ti lo sería. Jamás amarguen tu amor esas quimeras extrañas; el hijo de tus entrañas vive en la fe del Señor; y de ella y con ella lleno, ni aun en sueños ha salido de ese colegio querido donde se aprende a ser bueno . . . . . Por eso en esta mansión toda frase es caridad,

todo suspiro es piedad, todo arrullo es oración. ¿Y tú quizá lo dudaste? ¡Ni en sueños de calentura no se puede fingir locura mayor que la que soñaste! Labios que tú has de besar no podrán nunca verter blasfemias de Lucifer, palabras de lupanar. Yo, que ante Dios lo he jurado, hoy lo juro ante mí mismo: ¡No bajarás tu al abismo buscando al hijo manchado! ¿Soñaste que el mundo vano hízome impío? ¡Quimera! Si yo en tus brazos muriera, ¡vieras morir a un cristiano! ¿Soñaste verme de fijo romper de tu amor los lazos? Si yo muriera en tus brazos, ¡vieras morir un buen hijo! Perdono a mi madrecita si ha soñado el desatino de que yo era el asesino de mi amada viejecita. Y dejaréla decir, ya que es ese su placer, que el calor de mi querer la está ayudando a vivir. ¡Así vivimos los dos! Por eso el día tremendo en que mi ruego no oyendo me deje sin madre Dios, Dios ha de ver cómo escribo sobre la tumba sombría: «Cuando esta madre vivía, no estaba muerto este vivo.» No sospeches, madrecita, que mi espíritu atormentas cuando en tus cartas me cuentas lo que te aflige y te agita. Yo olvidaré de una vez esas tus locas visiones, que no son más que aprensiones, ternuras de tu vejez... Pero, en cambio, yo te exijo

que tú también las olvides, que te alegres, que te cuides, ¡que no llores por tu hijo! Porque ¡ay de él si de tristeza se le muere, estando ausente, la de la blanca cabeza, la de la arrugada frente! _____ ¡Adiós! (A la memoria de mi querido discípulo Nicomedes Martín.) ¡Discípulo inolvidable, alma hermana de la mía, bendito sea adorable por quien mi pecho sentía cariño tan entrañable!... Ángel que al mundo bajaste dentro de un cuerpo de niño, ¿por qué tan pronto dejaste la vida donde encontraste para ti tanto cariño? ¿Por qué a tus padres queridos dejaste tan afligidos con tu muerte prematura, que los tienes sumergidos en tan tremenda amargura? ¿Por qué me dejaste a mí si sabías que tenía yo tanto amor para ti que el alma herida sentí cuando vi que te perdía? Yo te enseñaba a querer, yo te enseñaba a marchar por la senda del deber, yo te enseñaba a rezar, yo te enseñaba a creer. Y en tu alma pura y sencilla, dócil como una paloma, brotó tan santa semilla como de una florecilla brota el purísimo aroma. Tal vez extrañe, el que ignore lo mucho que me querías, que tanto tu muerte llore y que por ella hoy devore secretas melancolías. Mas si el testimonio invoco de aquel cariño tan santo cuyo recuerdo hoy evoco,

¿qué extraño es que llore un poco quien supo quererte tanto? ¡Pobre mártir inocente! ¡Con qué dolor tan profundo, con qué ansiedad tan ardiente besé tu serena frente cuando dejaste este mundo! ¡Con qué dolor te veía sufriendo el atroz tormento de tu bárbara agonía sin poder el alma mía darte vida con su aliento! ¡Y qué consuelo he sentido pensando en que he recogido cuando estabas ya expirante el leve postrer latido de tu corazón amante! ¡Y al acabar con la muerte de tu dolor el calvario, qué consuelo fue ponerte mi bendito escapulario sobre tu pecho ya inerte! ¡Tristes momentos aquellos! Como recuerdo de ellos conservo, cual rica alhaja, una cinta de tu caja y un mechón de tus cabellos. Y así podré de esta suerte tener, cual prenda querida de lo que supe quererte, un recuerdo de tu vida y un símbolo de tu muerte. En estos pobres renglones para tus padres escribo mis secretas impresiones, que acaso en sus aflicciones les sirvan de lenitivo; porque el recuerdo incesante de que tú fuiste en el mundo un ángel y un hijo amante, será un consuelo constante para su dolor profundo. ¡Dios hizo bien al llevarte! ¡Bien hago yo si a tu muerte quiero esta deuda pagarte! ¡Si vivo supe quererte, muerto, debo de llorarte! ¡Dios hizo bien!... Sólo escoria y miseria es lo que encierra

esta vida transitoria. ¡Los ángeles de la tierra deben marcharse a la gloria! _____ Las hermanas de la caridad en la guerra Ángeles que a la tierra Dios os envía; la patria os divinice, ella os bendiga yo no soy digno ni de cantar siquiera vuestro heroísmo. Pero yo lo calculo, yo lo comprendo, y en el fondo del alma yo lo venero. ¡Oh, cuántas veces me hacéis llorar a solas, santas mujeres! ¡Qué pequeño es el hombre cuando contempla desde el mundo egoísta vuestra grandeza ¡Oh, qué pequeño, cuando os miro a vosotras, yo me parezco! El héroe enardecido que por la patria derrama en el combate su sangre honrada, es noble, es grande; mas la patria lo ordena, ¡y él da su sangre! Pero ¿quién a vosotras os ha pedido vuestro largo calvario de sacrificio? ¿Quién os obliga a inmolar por la ajena la propia vida? ¿Quién os lleva arrastradas adondequiera que haya abiertas heridas que nadie cierra, y haya amarguras, y haya lágrimas tristes que nadie enjuga? ¿Quién os lleva a vosotras, mujeres santas, a endulzar agonías desesperadas,

y a dar consuelos, y a rezar por los vivos y por los muertos? ¿Quién es que os ha lanzado, humanos ángeles, en medio del estruendo de los combates, donde los hombres luchan y se destrozan como leones? ¿Quién os manda a vosotras, pobres mujeres, i a cerrar los ojos de los que mueren, y a ser las madres de los que lejos de ellas viertes su sangre? ¿Quién os lleva a la cumbre del heroísmo? ¿Quién os da fortaleza para el martirio? ¿Quién os obliga a inmolar por la ajena la propia vida? Lo sé, santas mujeres: vuestro heroísmo es el de los amantes hijos de Cristo, ¡No hay quien lo niegue! ¡La caridad cristiana todo lo puede! _____ El destino de las flores I La mano de un caballero, de un caballero mundano, cortó una orquídea preciada, que en el tibio invernadero del gran parque cortesano creció cual niña mimada. Y la llevó a los salones donde, entre danzas y gritos, la fiesta mundana hervía con todas las tentaciones y todos los apetitos que Satanás encendía. «¡A la reina del placer!», dijo el gentil caballero, y ufano la flor le dio a una elegante mujer que con talante altanero

sobre el seno la prendió. La ardiente atmósfera henchían brillantes luces que herían y aromas embriagadores, y pláticas seductoras, y cascadas de colores, y músicas tentadoras... Y aquella flor delicada sólo por brisas mecida que ella de aroma empapó, ahora danzaba asfixiada por la atmósfera encendida que su perfume sorbió. Su muerte, ¡qué triste fue! Ciega de rabia y despecho por celos de no sé qué, su altiva dueña, irritada, se la arrancó de su pecho y al suelo arrojóla airada. Y dos o tres caballeros distraídos y altaneros que platicando pasaron, con sus pies la mancillaron, y se alejaron ligeros ¡y muerta allí la dejaron! II La mano de un caballero, de un caballero cristiano, cortó en el huerto una rosa y al templo fuese ligero, llevando alegre en la mano la flor fragante y hermosa. «¡A la Reina de los cielos!», dijo el hidalgo cristiano, dechado de fe sencilla; y ardiendo en santos anhelos, la puso a los pies, ufano, de la Reina sin mancilla. El tibio ambiente llenaban efluvios que a campo olían, cantos que de amor hablaban, suspiros que el aire hendían, bendiciones que bajaban y plegarias que subían... Y la flor encantadora que el ambiente transparente del huerto esenciara tanto, de esencia llenaba ahora otro purísimo ambiente

que, a más de puro, era santo. Su muerte, ¡qué deliciosa! de humo de incienso un jirón llevó a la mansión gloriosa el rumor de una canción con la última exhalación el perfume de la rosa. Caballero distraído que trasplantar tu hija quieres del jardín de tus amores, no des jamás al olvido que es como el de las mujeres el destino de las flores. _____ Plegaria Bajo tu amparo, Señor, pongo mis hijos queridos. Tú serás el protector de estos ángeles dormidos que ídolos son de mi amor. Entrego a tu Providencia los hijos de mis entrañas. ¡Cuídame de su existencia Tú que me los acompañas en su sueño de inocencia! Y si consientes que un día queden sin padre y sin madre, en tu amor mi fe confía; ¡dales por Madre a María _____ El amo El monte era feraz, hermoso y grande; la casa, alegre y blanca; la gente, vividora; sanos los cuerpos, vírgenes las almas, cadencioso el vivir, sereno el tiempo, honda la paz y la existencia larga. El mejor de los mundos se veía desde las puertas de la alegre casa y el pedazo más puro de los cielos sobre el dulce rincón se dilataba. ¡Quién el alma de un ángel, quién me diera un pincel, quién unas alas para del cielo en el divino lienzo pintar el campo que debajo estaba, que hay pedazos del mundo que podrían servir al cielo de divina entrada! ¡Qué hermosa, qué tranquila la alquería feliz de Casablanca! No quiso Dios que con salvajes gritos los mares la arrullaran,

ni que aquellas riberas del silencio lamiesen bravas aguas; que es la lengua del mar lengua de fiera que lame torva, al domador las plantas; que el arrullo del mar es resoplido de león que descansa y de allí donde Dios vierte quietudes aleja las borrascas, porque ellas siempre nublarán los cielos, y enturbiarán las aguas, y troncharán las flores, y afligirán las almas. Ni puso en la alquería las tremendas grandezas soberanas de las cerradas tenebrosas selvas, los tajos sin hondón de las montañas, los ríos caudalosos de aguas turbias; las monstruosas cordilleras pardas, la muerte gris de los desiertos grandes, la vida sorda de las sierras bravas. ¡Señor, cuán otra hiciste la alquería feliz de Casablanca! ¿Para qué más arrullos que el suave del aire aquel que por los montes pasa, o del ronco pichón enamorado con un amor que su pechuelo inflama?... ¿Y cuáles como aquellas frescas y puras, saludables aguas del manso regatuelo que cruza la pradera solitaria con música de paz, ritmo asonante que parece celeste canto de almas? ¿Y qué mayor grandeza que la que humildes guardan una del soto madreselva virgen o una del prado margarita blanca, una canción de pájaro en amores, un germen microscópico que estalla...? ¡Qué feliz es la vida de los buenos, y viviéndola allí, cuán sosegada! El tiempo venidero se aproxima cantando la canción de la esperanza y recita al pasar sobre nosotros el himno lleno de la vida honrada... ¡Qué bello es el ayer que atrás murmura sólo memorias gratas! ¡Qué sabroso es el hoy en Dios vivido, y qué consolador es el mañana!... _____ Patria I Vieja España, gloriosa madre santa, ¿para qué requerir tu hermosa historia, si hasta el hijo más rudo que hoy te canta la conserva esculpida en su memoria? ¿Y cómo tanta gloria

cómo grandeza tanta, sin profanarlas celebrar podría la voz de mi garganta y el sordo acento de la lira mía? La madre de los grandes heroísmos, la que descubre los ignotos mundos que el Señor escondió tras los abismos de los mares profundos; la que de aquellos mundo ignorados fue con Dios cual segunda creadora, y, dándoles después con sangre escrita la ejecutoria de su fe bendita, fue con Cristo segunda redentora... La que al ver profanado por razas delirantes de ambiciones este viejo solar inmaculado, pujantes engendró generaciones de hijos como leones, y siete siglos de guerrero empeño costóle una victoria, que esculpió en las entrañas de la Historia una epopeya que parece un sueño; la que a la mar bajo la cruz se hiciera cuando la armada muchedumbre fiera de la barbarie y la impiedad rugiendo, fuerte sintióse y avanzó guerrera las turbias olas de la mar hendiendo, y en lucha horrible, admiración y espanto del amagado mundo estremecido, le dio la sepultura del vencido en las aguas sagradas de Lepanto; la noble madre que engendró admirables legiones incontables de reyes, caballeros, sabios gobernadores, intrépidos guerreros, santísimos varones que han poblado los altares divinos, portentosos ingenios peregrinos que la vida inmortal nos han robado...; la nación que tuviera del mundo en el rincón más apartado sobre cada ciudad una bandera; la que a la Historia hiciera grabar en cada página una hazaña, la que ayer soberana y grande era, la que ahora está caída..., ¡esa es España! II ¿Qué dolientes gemidos llegan a mis oídos? Varón inconsolable, ¿por qué lloras? ¿Lloras, dí, porque el hado, porque los vientos de contraria suerte trajeron a la Patria a tal estado?

Pues el hijo amoroso, el hijo fuerte, que a la madre adorable ve caída, no con gemido vano la contemple afrentada y dolorida: ¡tiéndale pronto la robusta mano y derrámele bálsamo en la herida! Tú puedes, ciudadano, prestarle nueva vigorosa vida, si esas míseras lágrimas que viertes en gotas de sudor, cual yo, conviertes por la doliente Patria empobrecida. ¿No la ves otra vez ir resurgiendo del fondo del abismo, donde la hundiera el trepidar horrendo, del fiero cataclismo? ¡Arriba el corazón! ¡Lucha y espera! Mira cuál su recinto van poblando, de frontera a frontera, formidables ejércitos izando la gloriosa bandera. Mira cómo a sus mares las gentes de sus puertos van lanzando, repletos de pertrechos militares, monstruos de guerra henchidos de innúmeros soldados aguerridos, gigantescos castillos animados, donde cada guerrero es una roca, cada mástil cien fuertes almenados, y el cráter de un volcán cada ancha boca de sus férreos costados... Mira qué apresuradas, qué llenas de vitales energías las naves de la paz, abarrotadas de ricas mercancías, navegan por estelas no borradas. ¿No ves flotar debajo del ancho cielo puro de ciudades, de pueblos y de aldeas, el hálito solemne del trabajo, que surge denso, nublador y oscuro, de bosques de gallardas chimeneas? Escucha el vigoroso robusto trepidar de los talleres; mira a Mercurio rico y laborioso moviendo las ciudades afanoso; mira en el campo, coronada, a Ceres. ¿No ves cómo la sierra van los hombres a palmo conquistando? ¿Cómo le van robando mantas de abrojos, túrdigas de tierra, y en ella escalonando por sabias sucesivas regulares precoces huertecillos siempre frescos, azules olivares,

fructíferos viñedos pintorescos y pomposos oscuros castañares? Mira cómo coronan las alturas de los antes escuetos horizontes, grandes masas oscuras de hoscos, feraces y apretados montes. Mira cómo aprisionan en sus vías aquel río que riega por miles de minúsculas sangrías lo que era estéril arenosa vega...; mira cómo descansa y un momento parece que dormita delante de la presa en que remansa, y cómo desde allí se precipita, moviendo con su fuerza prodigiosa los miembros de la vida laboriosa, molinos y lagares, batanes y telares, y fábricas de luz maravillosa...; cuenta, cuenta, si puedes, los millares de hijos que la enriquecen del rudo trabajar con las conquistas; mira cómo la ilustran y embellecen sus legiones de sabios y de artistas, y cómo sus valientes capitanes, émulos de las glorias de Pelayos, Rodrigos y Guzmanes, van logrando que en tierras extranjeras, al vernos bravos sacudir la muerte, saluden con respeto las banderas del pueblo del honor, otra vez fuerte. ¿Dices que sueño? ¡Y mientras tenga vida soñando seguiré mi hermoso empeño! Pues di, pobre suicida: la historia de esta Patria, hoy afligida, ¿No te parece, por sublime, un sueño? Si no quieres traer a la memoria las viejas epopeyas de esa historia, deja que duerman en el tiempo hundidas el sueño de la gloria; pero dile a tu padre que te cuente cosas vistas y oídas en su plácida edad de adolescente. ¿Tú no sabes que ayer atravesaron las sagradas fronteras y el solar del honor locas hollaron enemigas legiones extranjeras? ¡Oh, qué lucha tan épica! ¡Oh qué brava! Y el padre de tu padre, ¡qué valiente!, qué delirante de furor luchaba, cual todos sus hermanos, descubierta la frente a los tiranos, los pechos sin escudos, sin armas casi en las honradas manos; ¡los leones también luchan desnudos!

Escarba el patrio suelo dondequiera, y verás que es inmensa tumba fría de la gente extranjera, que ciega osara profanarle un día. ¿Y dudas todavía del honor español? ¡Desventurado! ¿Ignoras que la España que ha llenado con Sagunto y Numancia la historia de pretéritas edades, cuyo recuerdo engríe y alboroza, es la misma que hoy cuenta con ciudades que se llaman Gerona y Zaragoza? ¡Zaragoza y Gerona!... ¿No palpita tu corazón a la esperanza abierto? Si el frío no te agita de lo sublime, ¡oh desdichado!, has muerto. ¿Por ventura en la Patria no has nacido donde siempre luchando se ha vivido y en el puesto de honor de los deberes los hombres a cejar no han aprendido, ni a llorar las mujeres? ¿Y ante tanta patriótica nobleza, no te sientes de orgullo estremecido, ni aspiras del martirio a la grandeza? ¿Y al suelo inclinas la cobarde frente? ¿Y aún la duda te mueve la cabeza? ¿Y sigues pusilánime, impotente, llorando todavía? ¡Tú no eres hijo de la Patria mía!

_____ Los dichos del tío Fabián Pues, señor, el otro día vino un tío a visitarme y sigue con la manía de venir a marearme. Con su charla singular la sangre misma me enciende; charla y charla sin cesar, ¡pero cualquiera lo entiende!... Tiene él un prado inmediato a una linda huerta mía, y ayer fui a su casa un rato a ver si me lo vendía. «Tío Fabián, vamos a ver -le dije con claridad-: ¿usted me quiere vender el prado de la hermandad?» «Si lo vende, hago una puerta para mi huerta lindante,

mas si usted quiere mi huerta, yo se la vendo al instante.» El tío Fabián sonrió, con aire ufano y sencillo; después tosió, se rascó y escupió por el colmillo. Y echando al fuego unos palos, me contestó el tío Fabián: «que los tiempos andan malos...; que patatín..., que patatán...». «Deje esa palabrería y piense bien la cuestión: ¿quiere usted la huerta mía? La vendo sin dilación. «Las dos fincas valen poco, más pudiéndolas juntar, resulta, o yo me equivoco, una finca regular.» Y con palabra calmosa el tío Fabián se resuelve a decir: «Que esa es la cosa, que torna..., que vuelve...» «Dígame usted sin rodeos cuáles son sus intenciones y cuáles son sus deseos, proyectos y aspiraciones. «Claridad pretendo yo y usted en divagar se empeña; ¡pero dígame sí o no como Cristo nos enseña?» Y el tío Fabián sin piedad, de mis casillas me saca diciendo que es la verdad..., «que toma..., que daca...» «¡Ay tío Fabián, concretemos, y entendámonos, por Dios, o locos nos volveremos de esta manera los dos!» «En forma clara y abierta la cuestión le he planteado: o me vende usted el prado o me compra usted la huerta.» «Y si nada ha de querer, dígame sin vacilar que no quiere usted vender y no quiere usted comprar.» Pues tras estos alegatos

diciéndome el hombre sale, que donde hay hombres, hay tratos..., «que zumba... que dale». «Si eso está bien, tío Fabián; mas es charlar tontamente, y yo no sé a qué ese afán de salir por la tangente. «Yo me traigo mis cuartitos si es que el prado he de comprar, y nombrando dos peritos que lo vayan a tasar.» Pero el tío Fabián me ataja diciendo con gran trabajo que su prado es una alhaja..., «que arriba... que abajo...». «Yo pagaré lo que valga si el prado tan bueno es; pero, por Dios, no me salga con otra tecla después. «Eso del valor del prado los peritos lo dirán y es asunto terminado; ¿comprende usted, tío Fabián?» Y el tío Fabián no comprende y dice que *velaí*... que la gente así se entiende... «que por aquí... que por allí...». «¡Cuidado que es pesadez!; tío Fabián, tengo que irme; dígame usted de una vez lo que tenga que decirme. «Usted está en las Batuecas, pero a ver si ahora me entiende; contésteme usted a secas: ¿vende el prado o no lo vende?» Y contesta el muy pesado que hogaño ha *criao* en el prado la miaja *e ganao* y el potro..., «que por este lado..., que por el otro...» Pero ¿usted no puede hablar de forma más apropiada? ¡si eso es charlar por charlar, y charlar sin decir nada!... «No hay más tiempo que perder: el prado lo compro yo. ¿Me lo quiere usted vender? ¿Qué dice usted: sí o no?»

Y el hombre dice que el prao se lo compró él a un sobrino...; que fue medio *regalao*..., que si fue..., que si vino...» «Tío Fabián, me voy a ir, y perdone si le ofendo, pero no puedo sufrir esa charla que no entiendo.» «Quedamos en eso, ¿eh? ¿Me venderá usted el prado? ¿No es eso? ¿Qué dice usted?» Y al verse el hombre acosado, me dice con mucha flema que se lo dirá a la tía... y que esa es la su sistema..., «que ya vería..., que ya vería...» _____ Viejos soles El sol que nos alumbra ya es muy viejo. Las primeras auroras que pintó su purísimo reflejo fueron del tiempo las primeras horas, del universo el inicial bosquejo. En el centro del mundo planetario, uno en sus leyes y en grandeza vario, la Eterna Voluntad que lo creara encendió la del sol rica lumbrera y le dijo a su fuego que radiara, y le dijo a su luz que presidiera. ¡Soberano nació! Su vasto imperio las fronteras hundía más allá de la ignota lejanía que toca las riberas del misterio. El ámbito vacío, que abismo fuera de negrura y frío, brillaba, rutilante, sus senos al sentir de vida llenos, desde que aquella atravesó sus senos luz meridiana que vibró radiante. Mundo sin luz en derredor girando del mundo de la luz lo circuían, y en su luz se bañaban, volteando, y el calor del vivir en él bebían. Y en esta tierra que ayer llamé gigante, y hoy un ruin átomo errante, ayer edén riente, y hoy pobre cárcel de la humana gente, también por las de Dios leyes secretas reducida a perpetua servidumbre,

rodó con el cortejo de planetas en derredor de la encendida lumbre. Rey era el sol de inmenso poderío, y los mundos que pueblan el vacío le siguieron, humildes servidores... ¿Y quién iba a robarle el señorío que le diera el Señor de los señores? ¡Humanas criaturas! Si en el silencio de las noches puras visteis el cielo atravesar ligeras, rasgando sus negruras, y vuestros ojos con su luz cegando, estrellas de encendidas cabelleras que torrentes de luz van arrastrando... Globos incandescentes, que llevan en sus nimbos y en sus senos fulgores de relámpagos ardientes y estrépitos de truenos... Puntos de luz ignotos que el cielo rayan con violácea estela cuando hienden los ámbitos remotos por donde solo el pensamiento vuela... Bengalas siderales que parodian del sol los resplandores, bellísimas auroras boreales que los cielos inundan de colores... ¡No os deslumbréis, humanas criaturas! ¡No las estelas persigáis impuras de fantasmas que pasan velozmente sin órbitas seguras!... Que no son ellos pedestal ingente de los muchos que pueblan las alturas, que no son ellos de la luz la fuente, que no son fuego incubador de vida, ni naves son con salvador oriente y hospitalaria playa conocida... ¡Son efímeros mundos sin cimiento, fuegos fatuos que abrasan, fulgores que deslumbran un momento, visiones brillantísimas que pasan!... El rey del firmamento, el que perenne en los espacios arde, es aquel que esta tarde, tras una apoteosis de oro y grana, se fue por el Poniente... ¡El mismo que mañana veréis venir por el dorado Oriente!... Nuestro sol del saber también es viejo. Dios lo puso en el cielo de la vida,

y alumbró su vivísimo reflejo la del saber región oscurecida. Su luz bañó la hondura de los grandes abismos de la ciencia, y supimos, Señor, a cuánta altura deja volar la rica inteligencia, de una por ti vidente criatura. Del mundo del saber las secundarias brillantes luminarias por él fecundas y brillantes fueron, que todas en su torno se agruparon y fecundo calor en él tomaron y luz radiante de su luz bebieron. Iluminado por aquella hoguera, el cielo del saber ¡qué bello era! Grande y majestuoso, giraba en concertado movimiento en derredor del foco luminoso, que subía, subía... Y en alas de la gran sabiduría lo llevaba orientado hacia el tesoro por órbitas de luz, del bien emblema, para ponerlo ante las puertas de oro de la Verdad Suprema... ¡Humanas criaturas! Si en las noches del mundo, tan oscuras, vierais errar veloces y encendidas, sin órbitas seguras, locas inteligencias atrevidas, exhalaciones de la luz impuras que el cielo del saber cruzan perdidas, ¡no os deslumbréis ante esas luminarias dislocadas, efímeras, precarias...; no admiréis la mentira sorprendente de sus pobres grandezas ilusorias, ni sigáis con la mente sus excéntricas locas trayectorias!... Son vagos desvaríos, visiones que en el tiempo se disuelven, míseros extravíos, fuegos que pasan y a lucir no vuelven... El magnífico, el sólido, el ingente sol de sabiduría, cuya luz, cuyo fuego incandescente ni el mal enturbiará ni el tiempo enfría... La cúspide, la fábrica, el asiento del mundo del humano pensamiento, el de la ciencia faro peregrino, el astro diamantino que rueda con solemne movimiento en derechura al eternal destino,

es el mismo de ayer. ¡Tomás de Aquino! _____ Cita ¿Dónde a rodar nos llevará mañana esta fuerza invisible del destino que en el desierto de la vida humana señalándonos va nuestro camino? ¿Dónde estará esperándome el pedazo de tierra, para mí desconocida, donde termine el misterioso plazo que haya Dios puesto en mi tranquila vida? ¿Dónde el lugar incógnito y sombrío, triste rincón que para mí será lecho de muerte, solitario y frío, donde mi cuerpo a descansar irá? ¿Quién podrá asegurarnos que mañana no puede separarnos el destino, con esa misma fuerza sobrehumana con que ayer nos lanzó por un camino? Para ese triste e inesperado día dejo escrita esta página sincera que un capricho tal vez del alma mía para ti me mandó que la escribiera. En sentido y cariñoso aviso, una cita ideal que darte intento, un capricho pueril que de improviso me ha venido a asaltar el pensamiento. ¿Por qué negarlo si lo estoy sintiendo? ¿Por qué ocultarlo si al hablarte así alguien parece que me está diciendo que tú también te olvidarás de mí? Bien sé yo que en el mundo donde vivo se ríen de estas íntimas ternuras, que el instinto grosero y positivo seguramente llamará locuras. ¿Qué grandezas va a haber, ni qué ideales en un mundo grosero y sin decoro, hambriento de apetitos materiales y sediento de goces y de oro? ¿Quién va a hablar de sus íntimos pensares en este mundo escéptico y grosero, que hasta a Dios arrojó de los altares para poner en ellos el dinero? ¡El oro es el que reina, sólo el oro! El amor, la virtud más noble y alta, la amistad, el honor, la fe, el decoro, ¿valen dinero? No. ¡Pues no hacen falta!

Por dondequiera que se mire el mundo, ¡el mismo tono gris, triste y sombrío! ¡El mismo aspecto de desdén profundo! ¡El mismo ambiente de egoísmo frío!... En esta sociedad frívola y necia, es un hombre ridículo y extraño el que ve el interés y lo desprecia cuando viene de manos del engaño. ¿Quién que un soplo de fe tenga en el alma y un resto de pudor en la conciencia puede ir viviendo con serena calma entre esta criminal indiferencia? ¡Yo vivo solo! Y aunque el alma siento que se asfixia en el aire que respiras, aparento vivir en mi elemento en medio de esta universal mentira. Por ese mar de corazones fríos voy bogando con fe y sin desalientos, entregado al cariño de los míos y embargado en mis propios pensamientos. Perdóname si distraídamente dejé correr la pluma demasiado. ¡Ha sido un desahogo conveniente de que muy raras veces he gozado! ¿Verdad que siempre, cuando tú seas hombre aunque te veas de mi lado lejos, te acordarás siquiera de mi nombre, que escrito dejo aquí con mis consejos? ¡Dios te lo premiará si así lo hicieres, y yo jamás tu nombre borraré de la lista querida de los seres que más he amado, y amo, y amaré. _____ La mujer Cuando pueda arrancar de los infiernos legiones de cariátides humanas; cuando pueda traer de los edenes almas de luz con luz apacentadas; cuando sepa sondear el de los réprobos infame corazón, lleno de llagas; cuando sepa sentir el de los ángeles sentir divino de purezas diáfanas... Cuando aprenda un idioma no creado para la grey humana, que tiene, para hablar, artificiosos idiomas de paupérrimas palabras, y no percibe músicas mejores que el resbalar de las corrientes aguas,

el rebullir de mañaneras brisas, el arrullar de las palomas cándidas, y el dulce son de los canoros pájaros, y el hojear de la alameda gárrula, ni músicas más hórridas describe que el fiero aullido de la loba escuálida, la carcajada del siniestro cárabo, los alaridos de la hiena flaca, el silbo horrible de falaz serpiente y el grito ronco de feroz borrasca... Cuando aprenda a vibrar todos los rayos de la tremenda maldición que mata los gérmenes maléficos que anidan en las llagas, y a dar aprenda en bendiciones puras del alto Edén anticipadas ráfagas, ¡entonces te diré, curioso amigo, lo que son las mujeres!... ¡Qué!... ¿Te extrañas? Decir que son demonios, que son flores con alma, que son blancos arcángeles... me parece decir cosas muy pálidas. Y si en decires del humano idioma yo pretendiera bosquejar sus almas, tal voz oyeras con atento oído rumor de abismos y batir de alas; pero la vida de los dos es corta para que yo, con ruidos de palabras, cantar pudiese el colosal poema, maridaje de luz y sombras trágicas, y tú sentirlo en sus negruras hondas, y tú sentirlo en sus altezas diáfanas. Mientras aprendo a contestar, ¡oh amigo!, tu pregunta abismática, sigue a la letra mi consejo sano, regla prudente de conducta sabia; golpear en la puerta del misterio es brega estéril de curiosas almas; cierra los ojos para ver más claro, vuela y no escarbes, sintetiza y ama, y canta a la mujer cuando la veas en el trono de reina de su casa, o ante la cuna acariciando al hijo, o ante el sepulcro derramando lágrimas, o en las sombras de un claustro recluida, o esperando al esposo desvelada, o en el templo cantándole a la Virgen dudas, temores, inquietudes, ansias... ¡Cántala dondequiera que la veas, ángel o mártir, heroína o santa! Y si tienes un día la pena de encontrarla caída en los infames pudrideros donde a los suyos el infierno enfanga,

y no puedes hacer el bien supremo de redimir un alma... en vez de una canción fustigadora, dedícale en silencio un plegaria... Mejor que ver la llaga al microscopio es cubrirla de bálsamo y curarla. La fuente vaquera (Balada) Lejos, bastante lejos, del pueblo mío, encerrado en un monte triste y sombrío, hay un valle tan lindo que no hay quien halle un valle tan ameno como aquel valle. Entre sus arboledas, por la espesura solitaria y tranquila, corre y murmura una fuente tranquilina y bullanguera, a que dieron por nombre Fuente Vaquera. Está tan escondida bajo el follaje, guarda tanto sus aguas entre el ramaje, que cuando por el valle va murmurando toda clase de hierbas va salpicando. Unas veces sonríe dulce y sonora, y otras veces parece que gime y llora, y siempre de sus aguas el dulce juego arrullando, produce grato sosiego. Allí pasan las horas en dulce calma, allí meditar puede tranquila el alma, y todo son consuelos para el que llora al pie de aquella fuente fresca y sonora. ¡Todo es allí sosiego, calma, tristeza!

Las auras, que suspiran en la maleza... Los pájaros, que cantan en la espesura... El agua, que en el valle corre y murmura... Los arrullos del viento, gratos y mansos... Los juncos que vegetan, en los remansos... Los claros resplandores del sol naciente, que asoma entre vapores por el Oriente... Las tórtolas que arrullan con armonía, convidando a una dulce melancolía... ¡Todo, en fin, allí aleja presentimientos, trayendo a la memoria mil pensamientos, y adormeciendo el alma con impresiones que convidan a dulces meditaciones!... Tal es Fuente Vaquera, la hermosa fuente que murmura en el valle tan sonriente, que en su margen tranquila cantan amores tórtolas, colorines y ruiseñores. Una hermosa mañana de junio ardiente salió el sol como nunca de refulgente, y pájaros y flores con alegría la bienvenida daban al nuevo día. Elevábase el astro con gran sosiego, esparciendo sus rayos de luz de fuego sobre el fresco rocío de la mañana, que formaba en los valles mantos de grana. Sacuden las ovejas sus cencerrillos, y en el prado retozan

los corderillos, que del rústico valle sobre la hierba forman jugueteando linda caterva. Al cielo sube el humo de los hogares, los gallos ya despiertan con sus cantares, y sacude la hermosa Naturaleza el tranquilo letargo de su pereza. *** Dejé el mullido lecho con alegría, cuando apenas rayaba la luz del día; carguéme diligente con la escopeta, y como siempre ha sido medio poeta, al nacer del gran Febo la luz primera, ya estaba yo en la hermosa Fuente Vaquera... Fuente en cuyas orillas cantan amores tórtolas, colorines y ruiseñores. Ocultéme en la margen con el follaje, y viendo las delicias de aquel paisaje, esperé silencioso bajo la fronda, viendo correr las aguas onda tras onda... *** Siguió el sol elevándose resplandeciente, y era ya tan molesta su luz ardiente, que, a medida que el astro más se elevaba, todo se iba durmiendo, todo callaba. Se inclinan en su tallo todas las flores, rendidas por los rayos abrasadores, y las aves se esconden en las encinas que a la tranquila fuente crecen vecinas.

Sólo se escucha a veces, del fresco viento, las ráfagas que lanza, sonoro y lento... El agua, que su curso nunca suspende... El rumor de una hoja... que se desprende... El pïar apagado de alguna alondra, que entre las verdes matas busca una sombra..., y los ecos lejanos de los zumbidos de insectos, que en los aires vagan perdidos... Lejos de la apacible Fuente Vaquera, que corre por el valle tan placentera, existe un solitario y oscuro monte, que encierra los confines del horizonte. Al compás de las auras, lenta se inclina altiva, corpulenta y añosa encina, y entre sus verdes ramas aprisionado tiene una tortolilla su nido amado. En él está arrullando, dulce y sonora, a los amantes hijos a quien adora, gozando en su coloquio de las delicias que sus hijos le endulzan con sus caricias. El calor la atormenta, la sed la abrasa, y dejando con pena su pobre casa, les dio con un arrullo la despedida a los hijos queridos que eran su vida; batió sus puras alas tendió su vuelo cruzó por los espacios del ancho cielo,

y pensando en sus hijos, se fue ligera a beber a la clara Fuente Vaquera. ¡Ay! ¡Dónde irá esa madre tierna y sencilla!... ¡Dónde irá tan ligera la tortolilla, mirando a todas partes, amedrentada, al verse sola y lejos de su morada!... ¿Por qué deja sus hijos abandonados, y ella, cruzando espacios tan dilatados, va surcando los aires rápidamente a beber en las aguas de aquella fuente?... ¡Pobre madre, si, ansiosa, vuelve a su nido y sus amantes hijos ya se han perdido!... ¡Pobres hijos, si, a causa de abandonarlos, no volviera su madre nunca a arrullarlos!... Por el verde follaje casi cubierto, yo, casi más que un vivo, parezco un muerto, y mudo y silencioso presto mi oído al eco que produce cualquiera ruido. Al columpiar las hojas el viento blando, pájaros me parecen que van volando, y con mi diestra mano nerviosa, inquieta, alzo la curva llave de la escopeta. Sobre la verde copa de vieja encina, que cubre aquella fuente tan cristalina, una tórtola hermosa paró su vuelo, mirando la corriente del arroyuelo.

Lanza su blando pecho tiernos arrullos, que no imita la fuente con sus murmullos, y a los lados humilde mira asustada, débil, inquieta, esquiva y amedrentada. Tendió después su vuelo pausadamente, y al llegar a la orilla de la corriente, sobre la verde alfombra lenta se posa, débil y acobardada, triste y medrosa. Dirige luego el paso tímidamente hasta tocar la margen de la corriente, donde, el agua fingiendo cuadros de plata, le recoge su imagen y la retrata. Yo, silencioso, en tanto que la espiaba, mi artística escopeta ya preparaba, y ocasión esperando, cual diestro espía, afiné cuanto quise la puntería. Disparé... ¡Sonó el tiro ronco, tremendo!... El arroyuelo manso siguió corriendo. El viento entre las hojas siguió sonando con un eco apacible, sonoro y blando... ¡Y vi la tortolilla, que ya sufría las tristes convulsiones de la agonía!... Cogí tan apreciado tierno despojo; su hermoso pecho estaba de sangre rojo, rojas las aguas puras del arroyuelo, que corrían llorando con triste duelo, y mis ardientes manos también manchadas de sangre, enrojecidas

y salpicadas. Con ellas oprimía su pecho blando: sus latidos se iban amortiguando, y cerraba sus ojos pausadamente, su cabeza inclinando lánguidamente... Yo vi en sus turbios ojos el sentimiento y las fieras angustias de su tormento, porque del nido lejos agonizaba y a sus pobres hijuelos solos dejaba. Conocí en sus miradas bien claramente esa inquieta agonía del inocente, que sufre los rigores de su destino muriendo por las manos de un asesino. Aquella pobre madre casi expirante era la madre tierna, la madre amante, que a sus hijos no pudo darles en vida una lágrima dulce de despedida. Y aquella tierna madre, cuando sufría la convulsión postrera de la agonía, me dijo con sus ojos casi nublados que dejaba dos hijos abandonados. Yo comprendí lo injusto de aquella muerte; mas la víctima estaba fría e inerte... y una lágrima amarga por mi mejilla rodó, cuando vi muerta la tortolilla. Desde entonces no quiero que un inocente de alguna injusta muerte

se me lamente, y diga con sus ojos casi nublados que deja sus hijuelos abandonados. Y en vez de estar cazando la tarde entera junto a la cristalina Fuente Vaquera, voy a ver cómo en ella cantan amores tórtolas, colorines y ruiseñores, y cómo de aquel monte sobre las lomas arrullan solitarias blancas palomas. San Saturnino, julio de 1889 _____ Las hazañas de «coral» (A mi compañero de caza don J. de la F. A.) Con la canana llena de municiones, y el morral atestado de provisiones, la escopeta brillante como unas ascuas, el Coral tan alegre como unas Pascuas, la petaca bien llena de cigarrillos y las manos metidas en los bolsillos, salíme ayer al coto muy de mañana, dispuesto a no dejarme tórtola sana, ni perdiz, ni conejo que no matase, ni codorniz, ni liebre que lo contase. ¡Qué mañanita hacía tan deliciosa! ¡Qué brisa la del monte tan olorosa! ¡Qué aurora tan radiante!, ¡qué algarabía de pájaros cantores la que se oía! Henchía los pulmones un airecillo con aromas de espliegos y de tomillo;

flotaban las neblinas en la hondonada, bramaban los becerros en la majada, las alondras corrían por los caminos, las urracas chillaban en los espinos, silbaban los vaqueros, cantaba el cuco y graznaba el imbécil abejaruco. Al salir el sol claro del nuevo día, todo resucitaba, todo reía. Esponjaban sus plumas las tortolillas, desplegaban el moño las abubillas, saltaban los pardillos junto a la fuente, se bañaban los tordos en la corriente, dormitaba el milano sobre el peñasco, el lagarto bullía bajo el carrasco, y metiendo el piquito bajo las alas, se espulgaban las firras y las zorzalas. ¡Vaya una mañanita la tal mañana! ¡Vaya un olor a heno y a mejorana! Mi perro retozaba como un ternero. ¡Es el perro más bruto del mundo entero! «Vamos, Coral -le dije-, basta de bromas y echemos una mano por estas lomas. Si tienes buenos vientos y me obedeces yo te he de dar el premio que te mereces; pero si eres muy loco, si eres muy malo, te daré pocos mimos y mucho palo. Cuando caiga una pieza, vas a buscarla, y la traes en la boca sin destrozarla. No hagas barbaridades sin ton ni fruto,

mira que tienes pinta de ser muy bruto, y si me armas alguna por ser violento, te pego una paliza que te reviento.» El perro me miraba como un idiota, sin menear siquiera la cabezota; yo seguí mis sermones, mas de repente levantó una pataza tranquilamente, y ante mis propias barbas hizo una cosa poco limpia y muy poco respetuosa. Al empezar la mano, junto al camino, vi posada una alondra sobre un espino; la tiré; cayó muerta y a escape el perro la apresó en sus enormes dientes de hierro. ¡No le duró en la boca medio minuto! ¡Yo no he visto en mi vida perro más bruto! Se tragó el pajarillo más fácilmente que se traga una píldora Pé de la Fuente. Y mientras yo, furioso, le reprendía, me miraba el imbécil y se lamía. «¡Tragaldabas, idiota, -le dije al punto-: si la hazaña repites, te descoyunto! ¡Si vuelves a las mismas hoy mismo mueres! ¡Tragaldabas, idiota! ¡Qué bruto eres!» En el mismo momento de estar hablando una tórtola cerca pasó volando. La tiré como quise, rompíla un ala y cayó redondita como una bala. Lanzóse encima el perro medio aturdido, le llamé quince veces a grito herido

y no le dio la gana de respetarme, ni de dejar la tórtola, ni de escucharme. Cuando yo fui corriendo donde él estaba, de la tórtola herida sólo quedaba una pluma de un ala, la cabecita, y dos o tres dedillos de una patita. Y el bárbaro del perro vuelta a mirarme, y hasta alzó las manazas para halagarme. Quise ahogarle allí mismo, mas tuve calma y le dije muy serio: «Coral del alma, como eres tan brutazo, tú habrás creído que has hecho ya dos gracias; ¡pues no, querido! Has hecho dos gansadas de las peores que pueden hacer perros de cazadores. ¡U obedeces a ciegas si yo te miro, o antes de diez minutos te pego un tiro!» Y seguimos cazando tranquilamente por la falda suave de la pendiente. De pronto, salen juntas cuatro perdices, que a poco no se posan en mis narices; apunté a la primera, llamé la llave y cayó como un trapo la pobre ave. El Coral, más ligero que una centella, de cuatro o cinco saltos se echó sobre ella. Yo ya no me entretuve con más llamadas y llegué donde el perro de tres zancadas. ¡Yo no he visto en mi vida perro más bruto! Si llego a entretenerme medio minuto, no tengo ni el consuelo de ver la huella

del cuerpo de la hermosa perdiz aquella. ¡Gracias a que el muy bruto se la quería tragar de un par de golpes y no podía! Lo cogí, lleno de ira, de una orejaza, le metí la escopeta por la bocaza, y así pude arrancarle de los dientazos la perdiz destrozada casi en pedazos. Pareciéndome aquello castigo chico, le pegué diez cachetes en el hocico, le puse a las narices la perdiz muerta y le dije indignado: «¡Boca de espuerta! El buen perro no come pieza que cobra. Di: ¿no tienes en casa pan que te sobra? Traga-buches, infame, mal educado, ¿sabes que mis sermones te han reformado? No te mato ahora mismo de un estacazo porque soy menos bruto que tú, brutazo; mas como mi consejo no te aproveche, yo le diré al tío Pincos que te escabeche. Si vivir siempre a gusto conmigo quieres, medita, Coralito, lo bruto que eres, y si es que tu torpeza no tiene cura le encargaré al tío Pincos la sepultura. Vámonos hoy a casa. Yo te perdono y no quiero guardarte rencor ni encono. Solamente hoy te impongo como castigo, contarle tus hazañas a un buen amigo que también tiene un perro tocayo tuyo, solo que tú no llegas a donde el suyo.

¿Quieres saber la causa? Pues te la digo: ¡Es... que tú eres más bruto que el de mi amigo!» Mal educado estaba el gran Coral, pero ya no está mal; está muy mal. Ya no come las piezas que levanta, pero hace algo peor: me las espanta. ¡A este perro cerril no hay quien lo dome! La caza que le mates, se la come, y si piezas de caza no le matas, se dedica a cazar grillos y ratas. Por ver si muda de conducta y traza llevélo ayer a Peñalniño a caza. Peñalniño es un cerro alto, gigante, al cerro de la Cruz muy semejante: pero está más tendido, es más bajito, más abundante en caza y más bonito. ¡Hasta estos pedacitos de la sierra son aquí más bonitos que en tu tierra! Pues, como iba diciendo, fuime al cerro y me llevé los galgos con el perro a ver si este gandul se enmienda algo yendo a mi lado y entre galgo y galgo. ¡Como no lo reviente o lo deslome, a este perro cerril no hay quien lo dome! ¡Y menos mal que ha demostrado, al menos, que tiene vientos, pero vientos buenos! Mas es un bruto que, en oliendo caza, pierde el juicio, el respeto y la cachaza. Cuando entramos ayer en cazadero, cazaba con tal calma y tal salero que me obligó a pensar subiendo al cerro: ¿Si habré sido yo ingrato con el perro? ¿Si al juzgarle me habré yo equivocado y le habré injustamente calumniado? Ese modo de andar, esa cachaza, esas posturas de excelente traza, esa dilatación de las narices que acaso ya ventean las perdices, ese cuello tendido hacia adelante, esa mirada vaga, chispeante, y ese modo de alzar su gran cabeza buscando el viento de la oculta pieza, son indicios, al menos, de que el perro sabe que está cazando en este cerro. Si echa una pieza y se la tiro, y cae, y sabe obedecerme, y me la trae, -¡me acabé de lucir, Coral querido!- tendré que confesar que te he ofendido y que tienes un amo muy ligero, calumniador, injusto y embustero. Así iba yo pensando tristemente

cuando el perro se para y, de repente, cerro arriba arrancó como un venablo, ¡como alma de ladrón que lleva el diablo! ¿Serán conejos o serán perdices lo que van venteando sus narices? -¡Coralito -le dije-, espera un poco! ¡Espérame, Coral, y no seas loco! ¡¡Ven aquí, Coralón, no me impacientes!! ¡¡Coralazo, gandul, así revientes!! Y gritando y corriendo tras el perro, por la cuesta más áspera del cerro se me fueron los pies por un peñasco, y de cara caí sobre un carrasco. Sin respirar me levanté ligero, recogí la escopeta y el sombrero y rascándome un poco las narices, de nuevo eché a correr tras las perdices. ¡Todo fue inútil! El gandul del perro, las echó hacia la cúspide del cerro, y viéndolas volar quedé parado con la boca entreabierta y atontado. Además de quedarme sin perdices, pude también quedarme sin narices. Se redujo la cosa a un arañazo, un pequeño chichón y un buen zarpazo; pero, aun librando bien, aquel que quiera saber lo que es caer de esa manera, ¡que se deje rodar por un peñasco y se caiga de cara en un carrasco! El perro regresó triste y arisco y sentóse a la sombra de un torvisco; yo no quise ni hablarle de perdices, ni siquiera enseñarle mis narices, ¡Al que no se hace bueno con sermones, se le obliga a ser bueno a pescozones! Le di media docena de primera, mimé a los galgos para que él lo viera, fumé un cigarrillo, descansé un poquito ¡y adelante otra vez, que es tardecito! Del prado Verdinal, junto a la esquina, en una carrasquera chiquitina, de nuevo el perro se quedó parado y púseme en seguida yo a su lado, dispuesto a fusilar lo que saliera de aquella miserable carrasquera. Yo, por más que miré nada veía, pero el perro la muestra no rompía; y ante fijeza tal y tal postura, me dije para mí: ¡liebre segura! -¡Entra, Coral! -le dije al verle inerte. -¡Entra, Coral! -le repetí más fuerte. -¡Entra, Coral! -grité por vez tercera; y el perro se lanzó a la carrasquera. ¡Oh vergüenza! ¡Oh dolor! ¡Oh triste chasco! En lugar de salir de entre el carrasco una liebre a saltar de mata en mata,

salió un lagarto de cabeza chata, lomo verdoso, vivarachos ojos y blanca panza con puntitos rojos. Lo mismo que un ratón que ha visto al gato, salió azarado el bicharraco chato, y el perro se lanzó tras él más listo que el gato hambriento que al ratón ha visto. A cambio de un mordisco en una mano, diole el perro un zarpazo soberano, echóle el diente y el reptil arisco le atizó en el hocico el gran mordisco. Debió ser un mordisco sandunguero porque el perro gruñó muy lastimero, flojó los dientes, escurrióse el bicho y cojo y todo se metió en su nicho. A casita, Coral, que el sol se pone y es posible que el morro se te encone. Te doy mi enhorabuena más cumplida por la dulce caricia recibida, y me alegra en el alma, buen amigo, de ver, tras tu pecado, tu castigo. ¿Confunden todavía tus narices los lagartos con liebres y perdices? Pues aprende, gandul, que esa es tu ciencia; aprende a distinguir; y en penitencia, mientras los dientes del lagarto alabo, ¡te rascas el hocico con el rabo! _____ A la muerte de mi hurón (Elegía improvisada..., y así saldrá ella) (A mi muy querido amigo Ignacio Toledano, compañero de excursiones «Ciquielunas».) Lágrimas tristes que corréis a ríos por estos ojos míos que son testigo de mi infausta suerte, ¡corred hasta el sepulcro abandonado del amigo adorado que sin piedad me arrebató la muerte! ¡Depositad sobre su tumba fría la fúnebre elegía que le dedica un corazón sensible! ¡Verted por él inconsolable llanto, y que este humilde canto le sirva de corona inmarcesible! ¡Pobre Ciquiel!, de tu olvidada fosa, yo grabaré en la losa un cantar que dirá de esta manera: «Aquí yace un hurón noble y honrado, que era el Sultán llamado por los conejos de la sierra entera. Músico, pobre, gárrulo y sencillo,

mi pobre Ciquielillo tocaba el cascabel con cierto arte; mas le hicieron dejar el instrumento, y a lo mejor del cuento se nos fue con la música a otra parte. De mi pueblo en la sierra solitaria, en vez de una plegaria, resuenan mil canciones a lo lejos, y es porque, del vivar en el encierro, te cantan el entierro, con cruel regocijo los conejos. En su morada subterránea y fría celebran una orgía en honor de tu muerte, Ciquielillo. ¡Ay de todos si tú resucitaras y el cascabel sonaras de repente a la puerta del pasillo! ¿Oyes qué ruido en el vivar retumba? ¡Álzate de esa tumba porque están de tu honor haciendo trizas! Preséntate en la sala de sesiones y empieza a pescozones porque están injuriando tus cenizas.» En más de cuatro vivares, cuando tu muerte supieron, los conejos se reunieron en conclave fraternal, para celebrar la muerte de aquel que cuando vivía clavaba... donde podía sus colmillos de chacal. De un vivar sobre la puerta, cuando tu muerte supieron, con las uñas escribieron este infamante cartel: «Durante dos o tres meses en todos estos bibales se cantarán funerales por el tísico Ciquiel.» En otro vivar del monte celebraron una orgía, y al rayar la luz del día se reunieron en sesión; y unánimes acordaron salir de su oscuro encierro para cantarte el entierro en solemne procesión. ¡Qué canallas! ¡Qué guasones! Todos ser curas querían y méritos aducían, de su pretensión en pro: -¡Yo he escapado cuatro veces!

-Pues de poco usted se queja: ¡A mí me rasgó una oreja! -Y a mí también me atentó. -¿Qué vale eso que tú dices? Yo, al salir por el pasillo, me lo encontré de narices y nos liamos los dos; y, si me descuido un poco y no encuentro a la carrera la puerta de la escalera, ¡me divierto, como hay Dios! -¿Y yo, que estaba en el patio arrancando una retama?... -¿Y yo, que estaba en la cama cuando en casa se coló?... -Pues eso no es nada, hermanos. ¡Yo tengo un ojo vacío y tengo un labio *partío* de dos besos que me dio! En fin, allí se increparon en forma insolente y dura, y al cabo el cargo de cura se sometió a votación; votaron alborotados, y aquel del ojo vacío, aquel del labio *partío* fue cura en la procesión. ¡Pobre Ciquiel! ¡Si supieras cuánto de ti se rieron! Todos del vivar salieron ansiosos de retozar; y al brillar del alba pura los resplandores rosados, ya estaban todos formados a la puerta del vivar. Todos en los pies traseros encabritados andaban, y con las manos llevaban insignias de procesión. Uno con la manga fúnebre, que era un trozo de retama, y otro con una gran rama de tomillo por pendón. De una agalla perforada hicieron un calderete, y un conejillo vejete ¡qué disparate hizo en él! Y dos muy tiesos llevaban, en los hombros sostenido, un palo seco y tendido que simulaba Ciquiel. El cura, aquel cura tuerto

que era más feo que Tito, sólo llevaba un palito que en hisopo convirtió; y el libro de los latines, que llevaba un monaguillo era un forro de un librillo que algún cazador perdió. En dos hileras muy largas se fueron acomodando y el gori-gori cantando, tendióse el cortejo aquel hacia un barranco relleno de estiércol amontonado... ¡Era el sitio destinado para enterrarte, Ciquiel! Dos conejos con las uñas abrieron tu sepultura en el montón de basura, chirriando de dolor; mas luego que estuvo abierta y en ella tu efigie echaron, como locos empezaron a bailar alrededor. ¡Qué escándalo!, el cura tuerto te dio tales hisopazos, que sobre ti en dos pedazos roto el hisopo quedó; y aquel que llevaba... aquello metido en la caldereta, hizo al aire una pirueta y encima de ti lo echó. El monaguillo del libro, que era el de la oreja rota, hasta hizo horrible chacota de los latines también; pues cantaba dando saltos: «¡Non haberis mas mordiscum! ¡Ciquiélibus moriuni tísiqum! ¡Requiescant in pace, amén!» Cansado por fin el cura de aquella danza maldita, con alegría inaudita tierra al palitroque echó; holló y echó más de nuevo, para hacer mayor la carga, y con la uña más larga este epitafio escribió: «Aquí yacen los restos asquerosos del tísico Ciquiel. Por mí, que se lo lleven los demonios, si es que pueden con él. Murió este bicho repugnante y feo de tisis pulmonar;

si lo hubieran ahogado al nacedero, no hubiesen hecho mal. De dos mordiscos me rasgó este labio y un ojo me sacó: ¡que muerdan los gusanos en los ojos del que tanto mordió! «¡Que se lo lleven todos los demonios que viven con Luzbel!, y que no quede casta en esta tierra del tísico Ciquiel! ¡Y caiga un rayo en el sepulcro negro de este ladrón sin par, no haga el diablo que un día este asesino vuelva a resucitar!» _____ Mañanas y tardes (Sueños) ¡Gloria al Señor que puso mi pobre cuna donde hay estas estrellas, y hay esta luna, y hay estas flores, y hay estas dulces auras, y hay estas noches! (Antonio de Trueba) I La tarde está serena, la calma es tanta, que ni llora el arroyo, ni el ave canta; la ráfaga de viento, que a veces pasa, llanuras y sembrados, todo lo abrasa. El astro bochornoso que reverbera convierte las llanuras en una hoguera; crujen unas con otras las cañas huecas; las doradas espigas estallan secas, y en el fondo pardusco de la barranca, el agua del arroyo su curso estanca. Tan pesada es la calma, tal el bochorno, que la abrasada tierra parece un horno. Las alondras reposan en sus solaces, las codornices duermen bajo sus haces, los lagartos, que salen de su agujero, cruzan algunas veces por el sendero; la perdiz a sus hijos, cauta, reclama bajo la tibia sombra de la retama, y uniendo sus cabezas abochornadas dormitan las ovejas en las cañadas. Llega el sol a la cumbre de su apogeo; duermen algunos bueyes en el rodeo, y otros van a la oscura charca verdosa para ahuyentar la mosca que los acosa.

Trabajan en las eras lentas las reses, en derredor girando sobre las mieses; bajo el trillo, que arrastran con lento empuje, la seca paja estalla, se rompe y cruje; el ruido de la marcha casi ensordece, el choque de las mieses casi adormece. Al son con que el cambizo lento rechina responde el de la parva que está vecina; desparrama el labriego los secos haces, y en el trillo se duermen ya los rapaces. El perro perezoso se entrega al sueño a la sombra del viejo carro del dueño, y sacude la mosca que le molesta turbando impertinente su dulce siesta. Forma el trigo tendido redondas fajas y cantan las chicharras entre las pajas. Los pájaros se ahogan en el espacio y hacen de las encinas fresco palacio; ni canta la culebra, ni rana alguna asoma la cabeza por la laguna; en su casa escondidos callan los grillos, y quedan en los prados secos tronquillos del pasto saludable, fresco y lozano que con rudos calores quemó el verano. De la Peña del Niño por las laderas quedan piedras, tomillos y carrasqueras. Por evitar de Febo la ardiente lumbre, las perdices se suben hacia la cumbre, y armado de escopeta recorre el cerro el cazador constante detrás del perro. De las húmedas piedras por las rendijas se ven salir a veces las lagartijas; el sol despide fuego, fuego la tierra fuego los pedregales de aquella sierra. Sólo se ven en torno zarzas y espinos; no transita un viviente por los caminos. El viento con sus ráfagas lleva ligero una nube de polvo por el sendero. Siegan, unos tras otros los segadores del sol bajo los rayos abrasadores; entre espigas y cardos van encorvados, bajo tantos calores casi agobiados, y el dueño los vigila bajo una encina que al árido sembrado crece vecina. El caballo corriendo por el atajo, va a humedecer su boca con el regajo; el carro con las mieses lento camina y al lento balanceo cruje y rechina,

y el buey, uncido al yugo, la cola enrosca ahuyentando indefenso la inquieta mosca. ¡Largas tardes de agosto!... ¡Tardes de calma!... ¡en vuestras largas horas se duerme el alma!... Si quisierais tristezas y soledades, buscadlas en los tristes campos de Frades. No busquéis en él nunca tiernos planteles ni busquéis en sus campos lindos vergeles; no busquéis en sus lomas los olivares; buscad en sus laderas los tomillares. No busquéis en sus pobres alrededores jardines esmaltados de lindas flores; ni hallaréis en sus cerros los naranjales, ni veréis en su sierra lindos rosales. No hallaréis en sus campos un paraíso, que la Naturaleza darle no quiso. Son sus áridos valles pobres plantíos; son sus pobres cañadas vegas sin ríos. Si visitáis sus montes y sus marjales, veréis viejas encinas y matorrales, y en vez de frescas bandas de azules violas veréis entre los trigos las amapolas. ¡Buscad secos barbechos siempre agostados!... ¡Buscad la rubia espiga de los sembrados!... ¡Buscad cuando el gran astro lumbre fulgura, una encina, una piedra y una llanura!... En sus tristes y humildes alrededores jamás cantar se oyeron los ruiseñores. De sus montes de encinas por los confines, saltan lindos chivones y colorines. Gorjeadores alondras y golondrinas, de sus pobres casitas son las vecinas, y habitan sus laderas, montes y lomas, las dulces tortolillas y las palomas. No busquéis en sus sierras fieros torrentes; buscad sus solitarias y ocultas fuentes; no busquéis en el monte la catarata que al bajar al abismo se desbarata; buscad, en vez del río que se despeña, el manantial, que fluye de negra peña; y en vez de la cascada de las alturas, buscad los arroyuelos de las llanuras. ¡Buscad secos barbechos, siempre agostados!... ¡Buscad la rubia espiga de los sembrados!... ¡Buscad, cuando el gran astro lumbre fulgura una encina, una piedra y una llanura!...

II Hay en medio de Frades rústico huerto, que parece el oasis de aquel desierto. Entoldan sus paseos los emparrados, con sus brazos frondosos entrelazados; despliegan las acacias sus anchas copas, donde los gorriones cantan en tropas. Son las tapias del huerto de vieja piedra, que cubre cuidadosa la verde hiedra; las auras vespertinas y matinales juegan con los cerezos y los perales; tapizan sus paseos yerbas silvestres, y en los rincones crecen flores campestres. Los alegres manzanos cuando florecen dan sombra a las verduras que abajo crecen. Si un aroma se aspira dulce y ligero, es el aroma dulce de algún romero. Junto a la vieja tapia crece y vegeta el junco del pantano con la violeta, y unen abrazos tiernos y fraternales las verdes zarzamoras con los rosales. El viento se embalsama con los olores de aquellas coloradas y lindas flores, y junto a la violeta crece amarilla exhalando su aroma la manzanilla. Hay entre las verduras una fontana, do el agua para ellas tan clara mana, que a la vez se reflejan en sus cristales dos manzanos, tres guindos y tres rosales. Y al pie de esta fontana, tan pura y bella vive el amargo ajenjo con la grosella, y de igual modo vive, crece y se hermana la colorida fresa con la romana. En esas mañanitas del mes de mayo, antes que el sol nos mande su ardiente rayo, de aromas y armonías hay un concierto dentro de aquel silvestre y alegre huerto. Cuando la luz asoma por las colinas, ya cantan en los guindos las golondrinas, y antes que el sol derrame luz sobre el suelo, ya las pardas alondras suben al cielo. Hay cerca de aquel huerto viejos cercados y viejas encinitas y viejos prados, y entre estas encinitas, casi cubierta, canta la tortolilla cuando despierta. En los rojos tejados de aquella aldea

el tordo se despluma, silba y gorjea, y chillando a su lado sobre el alero el gorrión inquieto salta ligero. Se revuelcan y charlan en los corrales las alegres gallinas con los pardales; despierta la paloma madrugadora cuando el astro naciente las lomas dora, y dejando en parejas los palomares, por el cielo del huerto cruzan a pares. Los cargados manzanos abren sus flores; la humilde manzanilla despide olores, y olores dan la rosa y la romana, que vegeta en la orilla de la fontana. En las ramas nudosas de los manzanos depositan sus larvas pardos gusanos; las constantes arañas tejen sus redes en las húmedas grietas de las paredes, y trepan las hormigas por su sendero que suele ser el tronco de un limonero. Previsora, constante, madrugadora, inteligente, sabia, trabajadora, en busca de sus flores sola se aleja y su oscura colmena deja la abeja. Insectos, flores y aves en dulce salva saludan con sus ruidos la luz del alba, que asoma sonrosada, bella y riente, recostada en las lomas del Claro Oriente. II Mes de agosto ardoroso, serena tarde; arde el sol en el cielo; la tierra arde. Todo, todo, en la aldea reposa inerme... el hombre, el ave, el bruto, todo se duerme... y cuando el mundo vivo parece muerto yo, que soy el que velo, me voy al huerto. Allí, bajo la sombra de un emparrado, de amarillentas hojas entrelazado, hago lecho mullido del verde suelo y mis cansados ojos fijo en el cielo. Mis párpados se entornan pausadamente; confuso mar de ideas turba mi mente... mi pensamiento flota, vago..., perdido..., y, cerrando mis ojos, ¡quedo dormido!... En las tardes de agosto, tardes de calma, en cuyas largas horas se duerme el alma, después que me embriaga dulce beleño y me quedo dormido..., ¿sabes qué sueño?

Sueño que voy cruzando por un desierto, un mar sin fin de arenas, un mar sin puerto. Lágrimas de agonía vierten mis ojos porque mis pies heridos pisan abrojos. En medio del desierto sueño que existe un albergue que sirve de alivio al triste; un oasis bendito, do el peregrino alivia las fatigas de su camino. Es el rey del oasis un niño alado, que aquel edén hermoso vigila armado. En una aguda flecha guarda amoroso un licor sonrosado, dulce y sabroso. Cuando a algún peregrino la sed abrasa y cerca del oasis llorando pasa, a recibirle sale solo y armado, con una de su flechas el niño alado. Y el arma punzadora lanza certero al corazón marchito de aquel viajero que, entrando del oasis bajo el ramaje refresca los ardores de su viaje. Y mientras a la sombra duerme y descansa a sus pies una fuente resuena mansa. El niño de las alas su sueño vela; su espíritu cansado soñando vuela, y el licor de la flecha del niño alado su corazón ardiente tiene embriagado. Y, mientras a la sombra yace dormido, viene con sus acordes a herir su oído un coro de angelitos que, en derredor del lecho del viajero, dicen: «¡Amor!...» Y yo sigo soñando..., sigo soñando con otros peregrinos que van llegando al oasis bendito de aquel paraje, mitad de su penoso, largo viaje. En medio del desierto, solo, afligido, fatigado, lloroso, triste, perdido, el último de todos voy caminando, ¡siempre pisando abrojos!..., ¡siempre llorando!... Lanzado en el desierto por mi destino no llego al fin querido de mi camino, y el corazón se ahoga casi abrasado sin el licor sabroso del niño alado. En medio del oasis y en él gozando a ti, Casto querido, te vi cantando. De un árbol oloroso bajo la sombra

y apoyado a tu lado sobre la alfombra, vi un ser, que dulcemente te sonreía y oí distintamente que te decía: «Tú cruzaste un desierto para buscarme y entraste en este oasis para adorarme. Si el resto del desierto juntos cruzamos y al fin de la jornada juntos llegamos, viviremos felices, sin duras penas, ¡aun yendo del desierto por las arenas!» Y tú, que lo escuchabas, de allí saliste y aceptando el apoyo que le ofreciste, os vi llenos de gozo, cruzando luego aquel desierto inmenso lleno de fuego... *** Rendido de cansancio, lleno de pena, y con mis pies hollando la ardiente arena, os perdieron mis ojos..., ¡que se cerraban sin llegar al oasis que divisaban! Y tendido entre espinas, sin esperanza de hallar jamás el puerto de mi bonanza, exclamaba llorando: «¡Dios mío!... ¡No puedo!... Estoy aquí tan solo, que... ¡¡tengo miedo!!...» Quemaba con sus rayos el sol de estío y el corazón sentía yerto de frío. Cubrió mis turbios ojos un negro velo, alcéme amedrentado del duro suelo, y al extender mi vista por el desierto... ¡desperté en mi silvestre y alegre huerto! IV En las dulces mañanas del mes de mayo, cuando el sol nos envía su primer rayo, voy al huerto a sentarme, porque en el huerto hay de aromas y ruidos dulce concierto. Recostado en la alfombra del verde suelo y siempre con mi vista fija en el cielo, percibo en torno mío ricos aromas que me manda el tomillo desde sus lomas. Mis párpados se entornan... ¡Estoy despierto y sueño nuevamente con el desierto! Sueño que voy andando..., que voy andando y que al hermoso oasis estoy llegando, y lo veo tan cerca, que me convida a vivir una dulce y alegre vida... Y tanto me aproximo que te diviso vagando entre el follaje del paraíso. Al ser que te acompaña le ofreces flores,

flores que en vez de aromas vierten amores. Al tender tu mirada por el desierto, me viste caminando con paso incierto, y no lloraste viendo mi gran quebranto, porque en aquel oasis no existe el llanto. Antes de la dorada y hermosa puerta de la mansión aquella, que estaba abierta, había un gran abismo, profundo, hondo..., sin medida, sin término, sin luz, sin fondo. Al ponerme a la orilla tímidamente, un vértigo espantoso turbó mi mente; y casi loco, débil y suspendido sobre aquel precipicio, perdí el sentido.... Al recobrarlos luego, te vi a mi lado dentro ya del oasis del niño alado, y supe que, alargando tu diestra mano, me salvaste la vida como a un hermano. Al verme ya en aquella mansión querida, sentí mi pobre alma de amor herida, y el licor misterioso del niño alado mi corazón tenía casi embriagado. Y vi, en el paraíso de las delicias, un ser que me halagaba con su caricias, y al pronunciar mi nombre sus labios rojos, desperté de mi sueño... y abrí los ojos. V En las tardes de agosto, tardes de calma, en cuyas largas horas se duerme el alma, mis penas y mis ansias doy al olvido y a la sombra de un árbol sueño dormido. Sueño con el desierto y el paraíso, que en las tardes de agosto nunca diviso, y, aunque esparce sus rayos el sol de estío, el corazón me queda yerto de frío. VI Pero, ¡ay!, en las mañanas del mes de mayo, cuando el sol nos envía su claro rayo, solo y meditabundo me voy al huerto y a la sombra de un árbol sueño despierto. Sueño con el desierto y el paraíso, que en estas mañanitas cerca diviso, y aunque a mi lado fría la brisa pasa, mi corazón sensible..., ¡ay!..., ¡se me abrasa! _____ Suspiros Solo, triste, perdido sin sosiego

del mar del mundo en las inquietas olas, sin apagar de mi dolor el fuego vuelvo de nuevo a lamentarme a solas. Ha tiempo ya que entre celajes de oro hermoso edén en mi ilusión soñé. ¿Quién mi ilusión arrebató?... Lo ignoro. ¿Quién goza en mi martirio?... No lo sé. Yo sólo sé que mitigar deseo este pesar que arrebató mi calma; la causa de mi pena no la veo, y, sin embargo, me desgarra el alma Tal vez será que el alma se lamente en fuerza de sufrir, ya sin motivo; pero mi pobre corazón no miente y me hace ver las penas en que vivo. Nadie comprende porque a nadie importa, las tristes penas de mi vida amarga; vida que en dicha y en placer es corta y en desventuras y en sufrir, muy larga. ¿Quién causó mi placer? Un sueño necio. ¿Con quién soñó mi alma? Con un bien. ¿Quién causó mis angustias? Su desprecio. ¿Quién mató mis ensueños? Su desdén. En medio de mi pena y desconcierto no tengo nunca un cariñoso amigo que me enjugue las lágrimas que vierto y se venga a llorar también conmigo. Aunque lo quiera y aunque así lo anhele, no ha podido encontrar el alma mía ningún amigo fiel que me consuele cuando yo le contase mi agonía. Siempre sufriendo mi crüel martirio turbado veo mi soñado edén, y la niña que amaba con delirio ha pagado mi amor con un desdén. Su mirada de angélico candor no quiso mi pesar calmar jamás. ¿Y con qué le he pagado?... ¡Con mi amor! ¿Y cuál es mi venganza?... ¡Amarla más!... _____ ¡Patria mía! ...porque has de saber, amigo mío, que todos los años, en el verano, hago un cantar para mi pueblo. Y te mando este -el cantar- porque algo te corresponde de él. Si te extraña de que en el

siglo que corre haya todavía hombres que se ocupen en cosas tan inocentes, satisfaré y haré desaparecer tu extrañeza, natural en un chico fin de siècle, contestándote que aún quedan en el mundo hombres honrados. (J. M.ª G. y G.) 15 septiembre 1892 ¿?? Rodando en la corriente del mundo vano como rueda una arena sola y perdida me encontré con un hombre, llamélo hermano y te lo di por hijo, patria querida. Pasado luengo tiempo, te abandonaba, y en unión de aquel hombre yo visitaba la tierra en que se asientan sus pobres lares... ¡y canté aquella patria que se me daba!... ¡Maldita sea la lira con que cantaba, y malditos los ecos de sus cantares! Yo no tengo más patria que esta aldeíta, donde está todo el fuego de mi cariño; el corazón sin ella se me marchita, pero pensando en ella se vuelve niño. ¡Patria mía querida, que con tu aliento haces quejar de nuevo con voz vibrante la fibra más doliente del sentimiento que se oculta en el pecho de un hijo amante!..., no llores, si aquel hombre de quien te hablaba no ha venido a abrazarte y a conocerte; no admitas aquel hijo que yo te daba, si en un lejano día viniese a verte. No amargues con tu llanto mi pobre vida, porque aquí estoy yo solo para adorarte; duérmete y no me llores, porque, dormida, me tendrás a tu lado para cantarte, ¡patria querida! Porque tú me adoraste con ardimiento, porque tú me has amado con fe constante, porque tú bendeciste mi nacimiento, y no puedo olvidarme que, siempre amante, de tu brisa amorosa con el aliento tú me arrullabas, cuando dormía sobre mi cuna, y me besabas cuando reía sin pena alguna, con la alegría

de la ignorancia, que el alma mía ya no ha gozado desde la infancia ni un solo día... II Mi patria es la aldeíta donde he nacido, donde tengo los padres que me criaron, donde existen aún caliente mi pobre nido, donde alientan los seres que me mimaron, donde viven las almas que me han querido, donde vuelan las auras que me arrullaron. Si no fueron ingratos ni olvidadizos los hijos que a tus pechos se amamantaron, no llores tú desprecios de advenedizos, que de pisar tu suelo se desdeñaron, porque no eres la cuna de los hechizos donde ellos se mecieron y se criaron. Pero tú eres la virgen ruda y bravía que escondes el tesoro de tu pureza, más clara que los rayos del mediodía, que tuestan tu morena gentil cabeza. Eres la campesina que sólo ansía ver sin hambre a tus hijos y sin tristeza; por eso les regalas pan y alegría; y si algún hijo indigno de tu terneza por buscar más placeres se te extravía, le dices: «Come, canta, trabaja y reza, y no busques la senda que te hundiría de ignorados abismos por la aspereza.» No llores, pues, si un hombre te quiso un día menospreciar acaso por tu rudeza, ¡no, patria mía!, que si no eres del mundo la maravilla ni eres de la hermosura supremo exceso, eres la madre tierna, ruda y sencilla, que a tus hijos veneras con embeleso; y yo, sólo por eso, te quiero tanto, que hasta llamarte madre mi amor me lleva, y sólo tu recuerdo bendito y santo me hace bueno, me arrastra, y hasta me eleva desde el pantano sucio y liviano de las pasiones, donde revuelcan encenagados los corazones desesperados sus ilusiones..., hasta la cumbre de paz y calma de las virtudes,

en cuya lumbre se inunda el alma de resplandores, se dignifica con la agonía de los dolores; se purifica con la alegría de los amores. III ¡Verdes lomas cubiertas de matorrales, laderas guarnecidas de robledales, nidal de negros cuervos y ruiseñores, praderas salpicadas de manantiales, archivo de recuerdos encantadores!... ¡Patria mía, que enciendes mis ideales, que conservas la historia de mis mayores!..., tú siempre has sido y eres la dulce idea que ilumina mis sueños de resplandores, que a mi espíritu enfermo cura y recrea, que endulza de mi vida los amargores. Porque haya habido un hombre que ingrato sea, no quiero que te aflijas, ni que lo llores, ¡plácida aldea!, que si a ese hombre le ha dado cuna ostentosa aquella tierra hermosa, cuya presea borda de rubias perlas la mar furiosa que con salvaje arrullo la galantea, tú, más casta que ella, más candorosa, la sencillez severa que te hermosea guardas, como la virgen más pudorosa, en el arco de montes que te rodea. No llores el desprecio del hijo ingrato de la altiva sultana, rica y liviana, que es la más lujuriosa de las mujeres; porque si él es el hijo de la sultana que emborracha sus hijos con los placeres, yo soy el hijo amante de la aldeana que alimenta sus hijos con pan moreno, y les dice, cual madre pobre y cristiana: «Come, canta, trabaja, reza y sé bueno. Tus desventuras sufre con calma noble y sincera; ¡y ama, si el alma te lo pidiera! Que el alma buena se purifica con la crudeza de los dolores; se dignifica con la pureza de los amores.» IV

Tú, patria mía, no tienes de azahar un velo, ni mares que te arrullen enamorados, ni montañas que escalen el mismo cielo, ni bosques con vergeles entrelazados. Lucir tampoco puedes en tu garganta de nácares y perlas rica presea; y aunque tú estás guardada de gente tanta como a la gran sultana siempre babea, ni la brisa marina tu frente orea ni puede, aunque quisieras, gozar tu planta las frescas humedades de la marea. En tu suelo al viajero tampoco encanta la luz de inmenso faro que cabrillea, alumbrando al navío que se adelanta y en noche borrascosa se balancea sobre un mar encrespado que al hombre espanta, y que a la luz siniestra que lo platea, y a impulsos de la fuerza que lo levanta, se agita, fosforece y amarillea, duerme, ruge, suspira, murmura y canta. Tú no eres la sultana que se recrea en la misma belleza que la agiganta, ¡rústica aldea!... Pero eres la aldeana trabajadora que, al trabajo rendido y a las fatigas, reclinas tu cabeza de labradora sobre un haz de maduras, rubias espigas, que este sol de Castilla calcina y dora. Tú eres la esposa rústica, la madre sana más casta, más salvaje que la sultana. Si para ti no arrastran del mar las olas aderezos de nácar, de maleagrina, ni gárrulos concentos de barcarolas, tienes, en cambio, campos de mies cetrina, donde tú te abrillantas y te arrebolas bajo esta meridiana luz argentina que, al vibrar de mil flores en las corolas, tiñe a trozos tu manto de purpurina, que Dios ha recamado con orla fina de claveles azules y de amapolas... Y todo ser que bulle, murmura o trina, ruge, canta o se mueve sobre tu suelo, es la voz de un concierto que sube al cielo; la esencia inmaculada de aquella idea que siempre de ti ausente canto y evoco, ¡gárrula aldea, nido de un loco!... Si son en ti dichosos tus moradores, no te aflijas por nada, por nada llores, que yo te adoro; ¡pero guarda la vida de mis mayores,

como un tesoro constantemente!..., porque, si yo te quiero como un demente y te llamo en mi ausencia con hondos gritos desgarradores, ¡es porque están contigo seres benditos que son el amor santo de mis amores!... V Tu sol arde en el cielo como una hoguera; sacude, patria mía, la cabellera de tus viejas encinas y tus sembrados, y mándame por ellos la brisa lenta que agite mis pulmones congestionados y humedezca mi boca que arde sedienta; que sacuda mis miembros aletargados y refresque mi frente calenturienta... Ha mediado la tarde y el sol abrasa; la espiga suelta el grano, chasca y se tuesta; si corre el aura, escalda por donde pasa; todo ser animado duerme la siesta... ¡Cántame alguna estrofa pesada y larga, como las que cantabas cuando era niño...; arrúllame este sueño, que me aletarga, con un cuento de amores, en que el cariño me transporte a otra vida menos amarga!... ¡Oh cuéntame una historia!..., mas no una historia de esas que el alma queman al escucharlas; que labran hondos huecos en la memoria, y que espantan y hieren al recordarlas. Cuéntame historias largas de trovadores, de bardos, de poetas y de mujeres..., inyecta en mi cerebro sueños de amores, y que, siquiera en sueños, tenga placeres... ¡Pero no! Si lo hicieras, ¡me matarías! Haz que ningún recuerdo mi alma taladre. Cuéntame lo que quieras de aquellos días en que sólo soñaba yo con mi madre. Emborráchame el alma con regodeos y apariciones místicas de la pureza..., y déjame este cuerpo sin los deseos del ensueño letárgico de la pereza... Duérmete tú conmigo desde esta loma donde ni un ser se mueve ni el aura bulle, y tráeme de tus montes una paloma que, oculta en esta encina, mi siesta arrulle. Cántame los idilios con que regalas al hijo extraviado que te visita, y haz de tu amor de madre, con ambas alas,

un dosel en que apoye mi sien marchita... ¡Gracias, patria amorosa, gracias mil veces! ¡Dios conserve y bendiga tus moradores! ¡Dios de tus pobres hijos oiga las preces! ¡Dios les dé pan, virtudes, glorias y amores! ¡Dios aleje la muerte de tu morada! ¡Dios te dé a manos llenas dichas benditas! ¡Dios alegre tu cielo con su mirada! ¡Dios bendiga tus campos y tus casitas! Tú has combatido siempre mis agonías con fuerzas misteriosas y celestiales; por eso hoy, gastado, como otros días, vengo a buscar de nuevo fuerzas vitales... ¡Que se van extinguiendo mis energías! ¡Que se van apagando mis ideales!... Úngeme de esa esencia tan misteriosa que sacude la anemia de mi impotencia, y a mi ser da una fuerza bien poderosa para esta lucha horrible de la existencia. Satura tú mi sangre con esa esencia, y no llores por nada, patria amorosa; canta y reposa, ¡gárrula aldea!, duerme la siesta sobre esta cuesta que el sol caldea, la luz platea y el aura tuesta... Y si es que, mientras lenta la tarde pasa, no puedes regalarme brisa más fría, ¡bésame en esta frente, que se me abrasa, y ampara esta cabeza, que se extravía!... Pero si tú me quieres, si tú me llamas, ¡nuestro cariño bendito sea! Pero si no me adoras, si no me amas, ¡¡¡dame a mi padre!!! y ¡¡adiós, aldea!!